



REZAR Y APLICAR LA EUCHARISTÍA POR LOS DIFUNTOS

Escrito dominical, el 12 de noviembre

Siempre recuerdo las palabras de san Agustín: las flores se marchitan, las lágrimas se secan, permanece la oración por nuestros seres queridos, los fieles difuntos.

A veces algunos me dicen: «Con lo que yo quería a mi madre, a mi padre, a mi hermana, a mi amigo, a mi esposa... y ahora que ya no está conmigo, pienso que no le dije suficientes veces lo que le quería». Es verdad, no tengamos reparo en decir todas las veces que sea necesario y más lo que amamos a las personas que comparten nuestra vida.

Me ayuda mucho el recordar aquel momento de la madre de san Agustín, santa Monaca, mirando a la playa de Roma, cuando iba a terminar su tránsito en este mundo. Tras recuperar el sentido, al ver a sus hijos les dice: Enterradme donde sea, da igual, pero no olvidéis nunca recordarme en el altar, en la Eucaristía.

Tres son las consideraciones que me ayuda compartir en el mes de noviembre, mes de los santos y difuntos.

1. Secularización de la muerte. Después de la pandemia se ha secularizado en poco tiempo la muerte de una manera impensable antes. Por ejemplo: tenemos que recuperar la oración por los difuntos, la celebración cristiana del funeral, el acompañar en fe a la familia del difunto. El sentido cristiano del duelo, de la pérdida de un ser querido nos habla de que somos peregrinos, caminantes hacia la vida eterna. Hay que recuperar el sentido cristiano de la vida y de la muerte. Es necesario que las parroquias, las comunidades, vivamos y transmitamos el sentido de que la muerte no es el final del camino, sino el inicio de una vida plena en Dios, si vivimos en comunión con Él.

2. Descubrir que creemos en la vida eterna. Lo que antiguamente se llamaba los novísimos, que sigue siendo la gran verdad de nuestra vida, pues como decía Calderón de la Barca, en el «Gran teatro del mundo», al final de la vida el que se salva sabe y el que no, no sabe nada.

Hemos de afirmar nuestra fe en la vida eterna. Queremos ser santos, vivir las bienaventuranzas como camino de santidad, pasar haciendo el bien, porque como decía san Juan de la Cruz, que a la tarde de la vida, seremos examinados en el Amor.

Afirmar nuestra fe antes la muerte, sabiendo lo que nos dice Jesús, que nos habla del cielo y del infierno, que es elegir una vida sin Dios, nos ayudará a tomarnos en serio la vida cristiana y afirmar nuestra fe en Cristo muerto y resucitado.

La afirmación de la existencia del purgatorio, que es de fe, es donde se cimienta la aplicación de la misa por nuestros seres queridos difuntos. Es un gesto de caridad hacia ellos para pedir que descansen en paz y, si tienen que purificarse, la santa misa es de un valor incalculable. Hay que recuperar ante la muerte el valor infinito que tiene la Eucaristía para los que murieron y necesitan de nuestras oraciones en intercesión.

3. Volver a lo esencial. En este mes de los santos y difuntos, volviendo a lo esencial de la revelación cristiana, haremos frente a la frivolidad con que nos quieren hacer ver algunos la muerte. Afirmando que creemos que Cristo, muerto y resucitado, es la plenitud de la vida, que nos espera para abrazarnos y darnos el gozo final ante tanto sufrimiento padecido en este valle de lágrimas. Sabemos que la muerte para un cristiano no es un hasta nunca, es un hasta luego, hasta pronto. Como dice la Palabra de Dios ellos no volverán a nosotros, tenemos que dejarles y pedir que vivan en el seno de Dios, la vida verdadera. Nosotros nos consolamos con palabras de fe, hasta que vayamos con ellos, para vivir cantando eternamente las misericordias del Señor. Es vivirlo todo desde la esperanza cristiana, con María nuestra Madre para ser testigos de la misericordia divina

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España